

Agréguese á estos nombres Timoteo Trimm á quien representaba la caricatura llevando en peso 365 crónicas por año; á Arsenio Houssaye, el ingenioso historiador de las *Mil y una noches parisienses* cuya elegante galantería dejó como un perfume intenso en su obra, el amable humorista que recibió la medalla de Santa Elena, porque fué herido en 1815 estando aún en el seno de su madre; á Chamfleury el risueño coleccionista de lozas artísticas, de frases ocurrentes y de anécdotas; á Alberto Wolff, ese primo lejano de Enrique Heine, que brilló en el *Figaro* y se hizo perdonar la fealdad de su rostro por el brillo de su ingenio y que decía con no poca gracia: « Desde hace muchos años me pregunto por qué me ha hecho nacer la Providencia en Alemania, cuando me destinaba á escribir en francés ó algo parecido. » Fué uno de esos notables representantes del ingenio parisiense que nacieron sin embargo lejos de París, como Hamilton ó Galiani, Grimm ó Gleichen, Henri Heine, Fiorentino ó Tcheng Ki Tong.

Fué languideciendo la crónica brillante ó sólida; Rigaud, Villemot y Wolff, Cuvillier-Fleury, John Lemoine, Vinet y Magnin no han sido reemplazados. Todo el mundo se las echa hoy de cronista, pero pocos sobrevivirán. La Sra. Séverine tiene movimiento, corazón, ingenio, facundia y mordacidad; Bergerat-Caliban tiene imaginación; Alfonso Allais y algunos otros han hecho reír ó sonreír; *la Vida en París* de Jules Claretie es una de las mejores manifestaciones de la crónica contemporánea. El resto de la multitud croniquista está compuesto por todos los que manejan una pluma en París, novelistas, dramaturgos, poetas, que dan su parecer sobre todo, donde se lo permiten.

Los libros no dan ya ocasión á esas amables y finas charlas que escribían Villemain, Gustavo Planche, Hippolyte Rigault, Scherer, Caro, Ernest Legouvé y Montégut. Sobresalen algunos nombres importantes: Brunetière, Faguet y J. Lemaitre.

Hallábame yo en la Escuela normal cuando el Sr. Brunetière entró en ella para estrenarse en la enseñanza, designado, sin ningún título universitario, por la sola autoridad de su nombre y de sus trabajos. Ninguno de nosotros le conocía personalmente y sentíamos viva curiosidad el día en que el Sr. G. Perrot, director de la Escuela, le introdujo en la sala de conferencias para instalarle en su cátedra. Vimos entrar á un señor pequeñito, de barba corta, con lentes, con la frente arrugada por esa contracción familiar de los miopes, vestido con elegancia, y de aspecto juvenil: le hubiéramos podido tomar por un camarada.

Tenía entonces treinta y cinco años¹.

1. Vino de Marsella al liceo Louis-le-Grand para prepararse á entrar en la Escuela normal. Entró en ella, en efecto, más tarde, pero como profesor, no habiendo logrado hacerse admitir como alumno, por no ser muy fuerte en versificación latina. Es bastante curioso que esta inteligencia tan flexible, tan impaciente por asimilárselo todo, se haya mostrado siempre refractaria á este ejercicio. No es menos de notar que, en el catálogo de su biblioteca, abundan las

Sus lecciones eran por todo extremo notables. Tenía tal autoridad y saber y bajo su palabra imperiosa se sentían cimientos tan profundos y tan sólidamente establecidos, que estaba seguro de violentar, de subyugar y de arrastrar. Conocidas son su doctrina de la evolución aplicada á los géneros literarios, que consideraba como familias vegetales; su predilección marcada por el siglo de Luis XIV cuyo representante era entre nosotros y sus severidades para todo lo que no era del dominio de la abstracción pura y de la razón: para el realismo que hallaba concreto, demasiado « crónica » y para las descripciones que interesan más á la vista que á la inteligencia. Todos los volúmenes de su rica biblioteca estaban llenos de papeletas con nótulas colocadas allí en el curso de la lectura. Fué el ejemplo único de una disección tan completa aplicada al conjunto de las obras literarias.

Discutía de ésta suerte, lapiz en mano con Montaigne, con de Maistre, con Bossuet, con l'abbé Prévost — otro indicio de la infinita curiosidad que he señalado — con Rousseau, con Laharpe y sobre todo con Renan. Al fin del tomo séptimo de la *Historia de los orígenes del cristianismo* se encuentra este juicio trazado por su mano, que resume innumerables horas de polémicas mudas sostenidas por él á solas con el autor de la *Vida de Jesús*. Lo transcribo aquí íntegro:

Acabado de leer el 5 de junio de 1905 no sin fatiga á causa: 1.º de la longitud de la obra (que debía tener tres ó cuatro volúmenes cuando más); 2.º de la prolijidad del estilo (que mirándolo de cerca excede cuanto yo conozco en este género); 3.º de la monotonía del método (que degenera en procedimiento); 4.º de la incoherencia de la composición que no tiene más unidad que la que debe á la cronología; y 5.º de la afectación de filosofía. Todo Brunetière se halla en la redacción de esa sentencia cuyo rigor imperativo hace pensar en las conclusiones sin apelación de un tribunal eclesiástico. (P. Bourget.)

Estaba igualmente familiarizado con los sermones del P. Massillon y del P. Lingendes. Profesó una admiración muy grande hacia Bossuet: si se atendiese únicamente á la erudición y á la solidez del razonamiento, podría decirse que se consideraba como de su familia. Había en su dialéctica imperiosa como un secreto desafío á la contradicción que esperaba para recibirla con argumentos nuevos y abrumadores. La conciencia de su vigor le hacía terrible; no refutaba, pulverizaba. En los dominios de la literatura fué un ariete que desmoronaba todo cuanto atacaba. Las respuestas, las pruebas, las invectivas ó las burlas caían sin fuerza al pie de este granito en que nada podía hacer mella.

La apariencia arcaica de su prosa le hacía poco accesible á los pro-

obras de teología y de filosofía, así como nuestros autores de los siglos xvii y xviii y que faltan en él los grandes clásicos latinos y griegos. Este simple hecho da mucha luz sobre uno de los aspectos más característicos del genio de Brunetière. Parece que la influencia de la antigüedad pagana fué casi nula en este hombre (PAUL BOURGET).

fanos¹. Se complacía en enrevesar su frase, en hacerla pasar, como á través de un laminador tortuoso, á través de ciertas muletillas que empleaba con gran complacencia como: aún cuando, si no obstante es preciso, por eso, etc.

Con una intransigencia digna de su antepasado literario, fustigó á los Rollet y á los gatos², que le guardaron rencor. Era un papel difícil de representar. Hubo en ésta actitud altiva mucho esfuerzo y valor en todos los sentidos. La indulgencia es como los anteojos; sólo se sirven de ella los que la necesitan.

Emile Faguet³ escribe en los periódicos y en las revistas.

En sus libros, por la elevación del pensamiento, por la agudeza, por el rigor á veces pérfido de las conclusiones, por el desembarazo con que evoluciona el razonamiento á través de las abstracciones, por la ingeniosidad muy personal de los juicios y la ciencia de la deducción, está seguro de ocupar un puesto en primera fila entre los críticos de nuestra época. Es un placer saborear ese estilo firme, nervioso, lleno de sentido y de ideas, rara vez gracioso (léanse sin embargo sus páginas sobre *Adolfo*), sino intencionalmente grave, fértil en máximas y axiomas de concisión ingeniosa y elocuente, en conformidad con el talento y el carácter de los hombres á quienes estudia el crítico y que parecen inspirarle. Esta sagacidad pasa á sus artículos que constituyen la materia de sus volúmenes. Escribe también sobre cuestiones á la orden del día crónicas que no dejan de tener á veces buen humor.

Jules Lemaitre ha colgado en su galería de los *Contemporáneos* retratos literarios trazados con delicadeza y sutileza. Ya volveremos á encontrarle en la crítica dramática.

Henri Bérenger, Gaston Deschamps, Doumic, de juicio muy personal, el ingenioso Chantavoine, el agradable Philippe Gille, G. Pélassier, Ed. Petit, Parigot, Charles Foley, Marcel Ballot, d'Almeras, Ledrain, Ph. Glaser, J. Ernest-Charles, Paul Flat, Bernardin, etc., forman la falange cada vez más reducida de los que leen y juzgan.

El público se siente desorientado y sin brújula en el océano de libros cuya marea va subiendo cada vez más; se pierde en ellos, renun-

1. En esto se parecía mucho á nuestro Cánovas del Castillo, que atendía más á la solidez de la argumentación que á la armonía del lenguaje. (N. del T.)

2. Alude á Boileau, autor del célebre verso:

Yo llamo á un gato, gato y á Rollet, un bribón.

3. Emile Faguet, nacido en 1847: *Siglo diez y seis*, *Siglo diez y siete*, *Siglo diez y ocho*, *Siglo diez y nueve*; *Políticos y Moralistas del siglo diez y nueve*: *Notas sobre el teatro contemporáneo* (8 vol.) de 1885 á 1894; *la Tragedia en el siglo diez y seis* (1 vol.), 1883. (N. del T.)

cia á escoger y, solicitado por otra parte por los ejercicios de moda, deportes variados, yacht, bicicleta, automóvil, enemigos natos de la librería, se complace en la abstención.

La crítica dramática ha resistido más largo tiempo que la de los libros: está minada y perecerá por causas diferentes, en particular por la prisa que siente el público en verse informado. En otro tiempo, el crítico se tomaba tiempo para juzgar y consagraba á las grandes obras el ocio y el cuidado que merecían. Hoy no sucede lo mismo. Existen aún dos ó tres folletines del lunes: pero todo indica que desaparecerán; el periódico tiene demasiada prisa para esperar. Se baja el telón á la una de la madrugada después del estreno y es preciso que dos horas después raeden las máquinas é inmediatamente distribuya el correo á todos los rincones del mundo las tres ó cuatro columnas de imprenta en que el crítico ordinario del periódico da su opinión motivada acerca de la nueva obra. ¿Dónde tomar el tiempo material para escribirlas? Es pues necesario que la crítica esté hecha no inmediatamente después de la primera representación, sino antes. Más que una revista teatral, es una profecía: á esto se debe la institución de los ensayos generales. Muy pronto no bastarán y hasta ¿qué digo? ya no bastan. Individuos llamados *courriéristes*, *soiristes* cuentan la obra, no antes de que se encienda la batería, sino antes de que haya salido de manos del autor y aún de su cerebro. Se sabe un mes antes cuáles serán las decoraciones, cuáles los intérpretes, qué trajes llevarán, y la noche de la primera representación, los programas distribuidos dan su nombre y su edad, la biografía del autor y el asunto de la obra: el teatro economizará también muy pronto á los directores de periódicos un crítico dramático y le enviará sus: « se suplica la inserción » bien pagados.

Nótese el talento perspicaz y penetrante de Emile Faguet, la ciencia de Larroumet, la facilidad amable de Paul Perret, y la ingeniosidad de Adolfo Brisson. Henri Fouquier, Pessard, Emmanuel Arène, Duquesnel, Leon Kerst, Lintilhac, Jean Jullien, Aderer, H. Bauer, Catulo Mendès, Bernard Derosne, F. de Nion, Nozière han constituido un muy brillante cuerpo de crítica teatral. Por encima de ellos, y de un modo especial, llaman la atención dos nombres: Francisque Sarcéy¹ y Jules Lemaitre.

El sentido común es su punto de contacto. Se completan agradable y mutuamente. Fueron dos figuras muy distintas. El uno fué representante fiel y adecuado de la opinión del gran público de que tuvo como una intuición especial. El otro representó el ingenio, la agudeza, el diletantismo delicado, las impresiones vivas y distinguidas. El primero habló en nombre del buen gusto, del arte clásico, si se entiende por esta palabra el que repudia las excentricidades, los acrobatismos de estilo

1. Sarcéy, lo mismo que Fouquier, Arène y Mendès, han muerto en estos últimos años. (N. del T.)

ó de composición y los ensayos aventurados. El segundo no conoció más gusto que el suyo, que fué ecléctico, ondulante é indulgente. El uno defendió é impuso su doctrina muy neta, muy firme, muy penetrada del principio de la necesidad que tienen las obras dramáticas de someterse á ciertas reglas que son las de los maestros: nitidez de exposición, claridad de la intriga, progresión del interés, precisión de los caracteres, unidad de la acción que debe girar en torno de un punto culminante ó escena esencial; el otro no afirmó nada, no pidió nada, no impuso ni reclamó ningún postulado y adoptó como regla de conducta no atender más que á su capricho sin tener en cuenta más que su gusto.

La forma en que se expresaban no ofrecía menos diversidad. El uno escribía con sencillez y desembarazo, sin cuidarse de la lima, con vulgaridades que alternaban con deliciosos hallazgos de estilo, con felices expresiones y rasgos de pluma. Lo hizo de intento. Escribió para el lunes y no para el libro y se negó á publicar en volúmenes la colección de sus preciosos artículos. Tiene plena conciencia de que sus artículos habían sido escritos para la semana en que se habían publicado, con el desenfado que tanto le agradaba, y juzgó inútil fijarlos en un volumen, someterse á una crítica minuciosa que no buscaba ni le interesaba. Por otra parte se negó á dar á sus crónicas un giro diferente, una forma más limada, un aspecto acompasado: sabía que las privaría de un gran encanto.

El otro se complace en cuidar la forma; ha reunido en volúmenes anuales sus *Impresiones de teatro* que conservan siempre sus cualidades de agudeza, de encanto, de perspicacia penetrante y de ironía. Ha paseado por todos los teatros su curiosidad siempre despierta y se ha dejado llevar de sus paradojas inofensivas y de sus agradables emociones. Es un delicado, un pensador que filosofa ingeniosamente acerca de los asuntos más humildes y que busca los contrastes, por lo mismo que se complace en las contradicciones. « El que, dice, habiendo ido por la mañana á la iglesia, va por la noche al Eden Teatro, después de haber paseado por los bulevares, si sabe ver, ha podido aprender cosas que no se encuentran en los manuales.

La innumerable cantidad de lienzos mal pintados y de esculturas extravagantes que caen como aludes periódicos y permanecen durante algún tiempo como adornos llamativos de nuestras múltiples exposiciones artísticas, son juzgadas, á su manera, por un ejército de críticos, la mayor parte de los cuales serían igualmente aptos para seguir las grandes maniobras. Hay que distinguir sin embargo entre ellos, á hombres como Eugenio Muntz, Charles Yriarte, Paul Mantz y Andrés Michel. Agréguese, si quiere, á Arsène Alexandre y á Roger Marx, pálidos descendientes de Charles Blanc y Luis Vitet (1802-1873), Gus-

tave Planche, Viollet-le-Duc, comte de Laborde, Paul de Saint-Victor, Teophile Gautier y Delécluze, de quienes renegaría el mismo Diderot. Proudhon, David, Ingres, Eugène Delacroix, Fromentin y Benjamin Constant han escrito también acerca de su arte páginas útiles.

Meternos en sus teorías y sus disensiones, sería poner sobre el tapete graves cuestiones que promueve la aparición de lo que se llama arte nuevo, que se inspira en el simbolismo y en el idealismo. No sería propio de éste lugar; pero de todos modos es sensible hacer constar que el arte halla en el periódico un campo de discusiones, después de todo interesantes, que cada vez se niega más y más á la literatura.

También ocupan en el periódico su puesto modesto, las ciencias, vulgarizadas á diario por especialistas que hacen el papel de intermediarios. Son el canal entre el sabio y la multitud, los comisarios del laboratorio, los reporters del anfiteatro, los cronistas de la cámara obscura y se llaman: Max de Nansouty, Emile Gautier, Arthur Good, doctor Bianchon, etc. De Parville y de Cherville escriben las crónicas de aire libre, de pesca y de caza.

Cada uno tiene su departamento y su distrito; hay quien sigue y anuncia los descubrimientos de la arqueología; otro nos da á conocer los ecos de las academias; otro se encarga de las noticias militares, de las de la bolsa y de la especulación; Bataille se había creado una especie de reputación resumiendo, al día la historia de los tribunales y el aspecto de los procesos; otro por último « hace » los deportes, pronostica los que ganan, y diserta sobre las cuestiones de yachting, rowing, records, ciclos, football, trotting, steeple-chase, flyers: escribe tanto en inglés como en francés.

Reyer, Véber, Bruneau, Lalo figuran á la cabeza de la crítica musical en que Castil-Blaze se entregaba en otro tiempo á todas las excentricidades y en que Berlioz se complacía en referir graciosas anécdotas entre sus recuerdos.

Cada especialidad tiene su prensa; las ciencias naturales y las históricas tienen sus periódicos y revistas¹, que interesan á un público especial y preparado para su lectura.

Hay que dejar también sitio á la prensa satírica levantisca, y burlona, que todo lo pone en caricatura y en coplas, que hace la guerra á alfilerazos, que tiene siempre al público de su parte, que se burla del poder al abrigo de sus malicias y disimula sus insolencias con piruetas. Tal

1. *Revue des Deux-Mondes. Le Correspondant. La Grande Revue. La Nouvelle Revue. La Revue de Paris. La Revue (des Revues). La Revue politique et littéraire (Revue Bleue). La Revue politique et parlementaire. Revue archéologique* (redactada por los Sres. G. Percot y S. Reinach). *Revue critique d'histoire et de littérature. Revue d'histoire littéraire de la France. Revue d'histoire moderne et contemporaine. Revue d'histoire* (redactada por el Estado Mayor del ejército: sección histórica). *Revue de philologie, de littérature et d'histoire ancienne. Revue de synthèse historique. Revue des études historiques. Revue des questions historiques. Revue historique* (dirigida por los Sres. G. Monod y Bémont). *Compte rendu de l'Académie des inscriptions et belles lettres. Bulletin*

fué el *Figaro* de Lepoitevin Saint-Alme ó el *Nain jaune* de Cauchois-Lemaire, de que Luis XVIII se desembarazó haciéndole insertar un día la frase: « El rey se duerme todas las noches en las Tullerías en la piel de un animal. » Al día siguiente fué suprimido el periódico. Salieron luego *le Miroir*, *le Corsaire*, *la Caricature*, con las peras de Philipon, y el *Charivari* que no desmintió su título. La Restauración y el reinado de Luis Felipe fueron la mejor época de estos guerrilleros de buen humor. La raza de estos corsarios burlones no debía desaparecer bajo Napoleón III, puesto que Monselet, Scholl, Banville, Léo Lespés, Meilhae y el mismo Taine sembraban los sonoros cohetes de su ingenio turbulento desde lo alto de las columnas del *Figaro* bisemanal, de la *Vie parisienne* y del *Grand Journal*. Pululaban los periódicos extravagantes, el *Sans-le-sou* autografiado la *Bohème*, el *Triboulet*, el *Rabelais*, la *Balancoire*, la *Lune* que se convirtió en *l'Eclipse*, el *Sifflet* y el *Tam-tam*. La inspiración de los caricaturistas se daba libre campo en aquellos libelos ilustrados en que Daumier prodigaba sus siluetas inolvidables, en que André Gill, Bertall, Cham, Moloch, Lepetit y Gavarni, elevaban la caricatura á la altura de un arte cuya tradición se perpetua en nuestros días con los caprichos de Caran d'Ache y de Robida, los croquis pesimistas y crueles de Forain, los « pierrots » de Willette, el gran artista, los « mosqueteros » de Henri Pille, los « burgueses » de los Veber's, los retratos de Léandre, las cargas de Abel Faivre, Capillo y Sem.

La distinción se va atenuando y se borra poco á poco entre la pequeña y la gran prensa. Ambas se van uniendo, penetrando y fusionándose. La stampa y la caricatura han adquirido derecho de ciudadanía en los grandes periódicos.

Hasta los más graves, como *le Temps*, aceptan y acogen clisés de mapas, de vistas y de documentos geográficos. Todas las publicaciones periódicas ó cotidianas les ceden un lugar. En esta afición y esta predilección, cada vez más exigente se ve una consecuencia evidente de los nuevos métodos de educación en que ha adquirido un lugar preponderante la enseñanza por la vista, debida lógicamente al doble renacimiento del espíritu científico y del espíritu crítico de este siglo.

En los últimos años del siglo XIX la prensa ilustrada adquirió un desarrollo considerable y, debido á la aplicación práctica de la fotografía y á los procedimientos declisado, en similibrado (*Illustration*, *Monde*

du Comité des travaux historiques institué au Ministère de l'Intérieur. Bulletin de la commission des recherches des documents relatifs à la vie économique de la Révolution, institué au Ministère de l'Instruction publique. Bulletin de la Société nationale des antiquaires de France. Journal des savants. Journal des asiatiques. Le Moyen Age. La Révolution française (redactada por la Sociedad de Historia de la Revolución francesa). *Bulletin de la Société archéologique, historique et artistique: le Vieux Papier. Annales de Bretagne. Annales de l'Est et du Nord. Annales de la Faculté des lettres de Bordeaux. Annales du Midi. Revue d'Alsace* (fundada en 1850). *Revue historique de Lyon. Revue de la Haute-Auvergne. Bulletin de la Société de l'histoire de Paris et de l'Île de France*, etc.

illustré, etc.). Al mismo tiempo se han multiplicado los dibujos con una tendencia lamentable y decidida hacia la grosería y la obscenidad. Sobre los kioscos de los bulevares, las estaciones de ferrocarriles, y los países extranjeros, en donde son muy buscados, y donde difunden la más triste opinión acerca de nuestras aficiones y costumbres, ha caído una nube de periodiquitos inmundos¹. Es un peligro público y un perjuicio nacional.

El mecanismo del periódico moderno ha llegado á lograr un funcionamiento regular, sencillo y lleno de precisión. Un periódico es generalmente dirigido por un redactor en jefe, auxiliado por un secretario de redacción á fin de ordenar la confección, de un administrador para la parte comercial y de un gerente destinado á pagar las penas impuestas á la publicación. El artículo de cabeza, llamado artículo de fondo, editorial ó leader, se halla confiado á una pluma autorizada y conocida, y versa sobre un asunto de actualidad.

Dáse el nombre de *Ecos* á las noticias de sociedad contadas en gacetillas, y generalmente sometidas á tarifa por la administración que pone precio á los puestos reservados á la vanidad humana. Es la parte viviente y variada del periódico, el cuadro de la vida en los centros más interesantes, y cada diario escoge al suyo de manera que agrade á sus lectores. El redactor de los ecos, que dirige ó inserta estas notas, ejerce cierta influencia gracias á su poder de distribuir la publicidad en la medida que se le permite la vigilante administración.

Vienen luego las crónicas de las secciones del Parlamento, del Consejo municipal y de los tribunales, los telegramas del extranjero, las primeras representaciones teatrales de la víspera, en dos secciones, confiadas al crítico y al noticiero de teatros, las gacetillas reunidas por los reporters, el correo de los teatros, el artículo sobre la bolsa y los valores, el artículo sobre los deportes, y los anuncios de la cuarta página. Al pie de las columnas, en el piso bajo, van los folletines. El movimiento de la librería no se halla indicado ya sino por la inserción pagada de notitas que redactan los autores y que declaran su obra la obra maestra de la época. Un crítico artístico visita, para dar cuenta á los lectores, las exposiciones de pintura. Un lector recorta en los periódicos rivales extractos de artículos que se juzgan dignos de ser reproducidos.

Los periódicos aparecen á todas las horas del día. Los de la noche empiezan á salir á eso de las 3 de la tarde y publican, según los acon-

1. España, imitadora de todo lo malo que hay en Francia, no se ha quedado atrás en el ramo de periódicos pornográficos ó sicalípticos, como ahora se dice, distinguiéndose ciertos editores de Barcelona, como lo hizo notar Ramiro de Maeztu. (N. del T.)

tecimientos, tres ó cuatro ediciones sucesivas, cada una de las cuales no difiere de la otra sino en una sección agregada con el título « Última Hora ». Las relaciones son minuciosas y largas.

La muerte de Luis XVI se halla referida en 70 líneas en los periódicos más prolijos de aquella época. ¿Qué de suplementos exigiría hoy un hecho de aquella importancia!

El último periódico del día sale á las 10 de la noche. La actualidad es un campo que desaguan sin cesar de hora en hora los complicados aparatos de la prensa: no deja en él nada más que lo que quiere, ó debe dejar. También se compra el silencio. Este vicio compromete al periodismo: todo se halla en él sujeto á tarifa, negocios ó vanidades. Sieyes no sabía cuanto acierto tenía cuando predecía que: « La prensa es el comercio del pensamiento. »

La parte tipográfica es importante, pero imperfecta aún. La información, que tiene á su servicio el teléfono, el velocípedo y el automóvil, carece de un medio rápido de composición. La noticia inmediata es la única que tiene valor. El periódico de la víspera — y aún el de la mañana, llegada la noche — no tiene valor ninguno.

En tiempo de La Bruyère, el deber del informador consistía en decir « hay un libro que se ha impreso en casa de Cramoisy »; en hacer razonamientos huecos acerca de la política y en acostarse por la noche con una noticia que al día siguiente había que abandonar.

Era la infancia del arte. Hoy día cuando se acuesta, la noticia está ya impresa y difundida por el correo en miles de ejemplares; no sabe siquiera si se ha publicado tal ó cual libro; pero sabe que tal libro se halla en proyecto en casa de tal editor ó está en germen en el cerebro de un escritor. Da los hechos del día, del día siguiente y hasta de lo porvenir. Con frecuencia se equivoca, y entonces rectifica.

Cierto periódico anunció, — lo cual es frecuente — la muerte de un señor que gozaba de buena salud y que protestó. No murió hasta diez años más tarde. El periódico imprimió entonces triunfalmente: « El Sr. X... ha muerto, según anunciamos antes que ningún periódico. »

El reporter armado de su agenda y de su lápiz ejerce un oficio duro; corre de puerta en puerta, visita todas las comisarías de policía, donde copia los resúmenes que indican los perros ahogados, los asesinatos, suicidios, sucesos, incendios, etc.; frecuenta las secretarías de los ministerios y de los teatros, las porterías, los comercios, interroga á los transeúntes, escribe en los puños de su camisa y vuelve anhelante á la redacción para dar la última noticia antes de la tirada.

En la escuela de la Bédollière ó de Champfleury y de Privat d'Anglemont, el cronista curioso ha recorrido y descrito los rincones de París, los paisajes ciudadanos, los barrios humildes y pintorescos.

El renacimiento y desarrollo del espíritu científico en la segunda

mitad del siglo han ejercido una influencia decisiva en la literatura que se ha hecho realista, documentada y llena de precisión. El reporter escucha y hace hablar; en este caso se convierte en *interviewer*. La *interview*¹ (entrevista) es el arte de escuchar las palabras de otro á domicilio, para desfigurarlas al imprimirlas. El *reportage* y la *interview* obtuvieron la preferencia de Fernand Xau, de Pierre Giffard, de Paul Ginisty y de Hugues Le Roux; Fernand Calmette ha hecho hablar á los reyes. Charles Chincholles cruzó el país con la movilidad de un explorador, y Adolphe Brisson y Jules Huret interrogaron á las notoriedades literarias. Paulian se disfrazó de mendigo para estudiar en su centro á los miserables.

El número de periódicos aumenta de día en día. Á fines del siglo xix, la prensa francesa se hallaba representada por 5.787 periódicos. En París se contaban en dicha fecha 2.401 periódicos de los que eran políticos 166 entre los cuales había 128 republicanos y 38 conservadores ó neutros. No había más que 1 periódico trisemanal, 16 bisemanales, 78 semanales, 5 bimensuales, y 1 anual: es el *Premier mai*.

En provincias es la Gironda la que tiene mayor número de periódicos. Hay un periódico por cada 5.242 habitantes; en Finistère hay uno por 39.323. La prensa departamental se compone de 1.102 órganos republicanos, 410 conservadores y 1.874 de carácter diverso.

Estos últimos, tanto en París como en provincias, ofrecen la mayor variedad: fotografía, globos, bicicletas, electricidad, mecánica, medicina, magnetismo, religión, deportes, modas, música, teatro, hacienda, juegos, sindicatos, heráldica, bibliografía, no hay nada que no tenga su órgano. Hay cuatro periódicos para los matrimonios, dos para los nacimientos y uno para los muertos.

En el ministerio del Interior hay en el depósito una colección de títulos de periódicos: nadie puede emplearlos, y los hay siempre nuevos. ¿Qué ingeniosidad! Al lado de ciertos títulos, ya sobrado vulgares: *el Eco*, *el Correo*, *el Imparcial*, *el Explorador*, *el Faro*, *el Vigía*, *la Verdad*, *el Porvenir*, *el Progreso*, *el Mundo*, *la Mañana*, *la Tarde*, *el Día*, *Francia*, *el País*, *la Libertad*, *el Tiempo* y *la República*, hay otros especiales como *los Cuerpos grasos*, *el Gimnasio* y *el Carabinero*, sin contar 4 *Esperanzas*, 9 *Estrellas* y cantidad de animales, 20 *Abejas*, 1 *Gato negro*, 1 *Perro*, 1 *Caballo de guerra*, 1 *Hormiga*, 1 *Cigarra*, 1 *Gaviota*².

En provincias, el oficio de periodista se reduce principalmente al arte de manejar las tijeras. Fuera de algunos artículos de interés local,

1. Muchos escriban *interviú*, conforme á la pronunciación pero en tal caso deberían aplicar esta regla á todas las palabras extranjeras. Este sistema es de los más primitivos. El pueblo de Madrid dice, con arreglo á él, *chofer* (*chauffeur*) y forma el plural: *choferes*. (N. del T.)

2. Se han vendido también en París *Le journal des Abrutis* y *Le journal des Cocus*. (N. del T.)

el periódico reproduce recortes de los periódicos de París. Sin embargo en estos últimos tiempos de descentralización, algunos grandes periódicos de provincias han adquirido importante desarrollo, agrandando su forma y rebajando su precio: las noticias y hasta los artículos mismos, los reciben de París por teléfono; tienen numerosos suscriptores y la tirada aumenta.

El periódico moderno es una enciclopedia cotidiana y por lo tanto rápida, superficial, condenada a caducidad precoz, al desvanecimiento inmediato¹. Téngase por seguro que todo lo que ofrece alguna apariencia de generalidad y de duración es extraño al periodismo y que todos los directores lo rehusarán « como original de mala calidad ». Hacer periodismo es poner su gloria en renta vitalicia. Así lo han querido los redactores de periódicos que han creado para su uso esta paradoja: Un periódico debe ser hecho no por sus redactores, sino por sus suscriptores. ¡ Qué error! ¿ De qué serviría pues el ascendiente considerable de la prensa sobre el espíritu público si ésta renuncia á dirigirlo?

He dicho en otro lugar y vuelvo á repetirlo: la prensa literaria es sólo un recuerdo. Emile de Girardin la mató. Hoy día el periodismo acecha la moda y observa por donde sopla el viento. En otro tiempo era el guía; hoy va á la cola del tren. Lisonjea á la multitud, comparte sus predilecciones, sus entusiasmos y su lenguaje. Ya no obra, sino que cobra. Todo hombre que sabe manejar una pluma puede entrar en la cohorte. Por lo que hace al estilo « fastidiaría al suscriptor ».

En otro tiempo el escritor iba á beber sus ideas en las fuentes, en los grandes pensadores; se convertía en su truchimán y su vulgarizador para con la multitud y no falta aún quien se dé cuenta de que todas las ideas que constituyen nuestra vida y que forman el fondo común de la inteligencia de este siglo nos vienen de los filósofos: Kant, Hegel, Comte, Darwin, Claude Bernard y Pasteur, Taine y Renan han formado el estrato sobre que nos hallamos y circulamos. El periodismo prescinde de ellos. Intelectualmente se ha democratizado; no excede en nada al sufragio universal. Los periodistas son por profesión los acróbatas de la facilidad y de la rapidez. ¡ Cuánta facundia, ingenio y talento gastan y despilfarran! ¡ Cuánta pólvora en salvas! ¡ Cuántos poetas, autores dramáticos y novelistas ha devorado la prensa!

Al mismo tiempo que deseamos verla elevarse, hay no obstante que saludar á la prensa contemporánea, como garantía de la libertad de

1. En España hay también muchos periódicos, pero en general se hallan mal redactados y confeccionados. La política del día, política menuda, es el plato de resistencia. En punto á periódicos algunas repúblicas sudamericanas están mejor servidas. Los periódicos ilustrados también dejan mucho que desear. Suele haber muchos monos y lectura poco interesante y no muy escogida. En uno de los más populares de Madrid acabo de leer una de las crónicas más insubstanciales acerca de una *divette* de quinto ó sexto orden de los teatrillos de París.

pensar, vulgarizadora del bien, del mal y de la verdad y comentadora de los hechos y de las cosas. No llegaremos hasta el punto de alabarla, como hacía un Alemán por mantener al pueblo en el conocimiento del alfabeto, haciéndole un servicio análogo al que prestó la traducción de la Biblia por Lutero; pero el caso es que difunde lo que sin ella quedaría ignorado y puede decirse que lo que no ha sido registrado por los periódicos, no existe. La prensa hubiera divulgado inmediatamente el descubrimiento de Papin como lo ha hecho con los de Roentgen y los de Wilbur Wright.

El suscriptor acaba por adoptar las opiniones de su periódico lo cual es mucho mejor que no tener ninguna, aunque ofrece un pequeño inconveniente: el público pierde la costumbre de pensar, adopta ciegamente las ideas de su periódico y sufre fatalmente una especie de sugestión. Esta pérdida de la costumbre de reflexionar personalmente engendra una pereza intelectual que desvia al público de las ideas generales y de toda filosofía.

Es un rebajamiento y una capitulación de la personalidad ante una institución.

Los inconvenientes mismos demuestran el poder formidable de esta palanca. Tiene una debilidad, que sirve de compensación, y es su caducidad efímera. El arbusto se despoja todos los días de sus hojas y no da nunca fruto. En la prensa las hojas viven lo que las rosas: si tuviesen duración, serían talismanes demasiado temibles¹.

1. En España y en algunas repúblicas sudamericanas la prensa diaria ejerce además una influencia nefasta sobre la corrupción de nuestra lengua. La ortografía suele andar por los suelos; los galicismos, barbarismos y solecismos brillan en todo su esplendor. En su tiempo decía Bretón de los Herreros:

Se meten á periodistas
Los muchachos del colegio.

Hoy es peor aún. Hemos visto simples horteras dirigiendo periódicos políticos gracias, á lo cual han podido llegar á senadores. En cuanto á cultura, recuerdo que en cierta ocasión un director de una revista me preguntó qué era una poesía lírica.